

Enrique Luengo González.

Ética profesional en tiempos complejos.

Reseña del libro de Juan Martín López Calva,

Ética profesional para la sociedad planetaria. Una perspectiva humanista compleja de la ética de las profesiones, México, UPAEP/GERNIKA, 2014.

El libro es una compilación de diez artículos publicados por el autor en diversas revistas y capítulos sobre la ética profesional en un contexto social que nos confronta con múltiples desafíos. Las preguntas centrales que dan unidad al escrito son dos: ¿qué ética debería acompañar el proceso formativo y el futuro desempeño de los profesionistas en el siglo XXI? y ¿cómo implementar en las instituciones educativas procesos que favorezcan la formación ética de los universitarios?

Para responder estas preguntas, López Calva se basa en Edgar Morin y Bernard Lonergan, que entrelaza y complementa, para construir una visión compleja de la ética que permita caminar humanamente en la incertidumbre. Con la riqueza y agudeza propositiva de estos autores, Martín continúa su extensa obra sobre *La educación humanista* (tres tomos), relacionando la ética, la complejidad y la educación.

Después de un excelente y bien escrito prólogo del Antonio Bernal Guerrero de la Universidad de Sevilla, donde atinadamente nos recuerda que “una vez más estamos en la encrucijada y de nosotros dependerá el camino que transitemos”, López Calva organiza sus escritos en cuatro coherentes y entrelazados apartados.

- a. Ética, complejidad y humanismo en el siglo XXI.
- b. Ética profesional y construcción de una ética planetaria.
- c. Ética como eje transversal en la educación.
- d. Desafíos para la formación ética de los universitarios.

El recorrido a lo largo de estos apartados y sus capítulos correspondientes van de los conceptos y la teorización sobre la ética y la complejidad hasta los componentes educativos

que deberían considerarse para enfrentar los desafíos de la formación ética de los universitarios. Así, el autor va de lo general a lo particular: de la justificación de una ética planetaria a las preguntas éticas de las profesiones en sus propios contextos, de grandes preguntas generadoras sobre la ética profesional a recomendaciones de cambios en las prácticas educativas concretas, y de las estructuras organizativas y normativas de las instituciones a la cultura educativa.

Las premisas que constituyen la columna vertebral de la argumentación del libro inician con la interacción compleja y dinámica entre ética, sociedad y educación, las cuales mantienen una relación recursiva, dialógica y hologramática. A partir de este marco, el autor nos recuerda el contexto de crisis y la emergencia de la cultura posmoderna que ha conducido a un debilitamiento de nuestras certezas sobre el mundo y los valores que en este se promovían. Hoy, nos dice, vivimos en la pluralidad de valores y en una creciente incertidumbre sobre nuestro futuro.

Del anterior argumento, surgen otras preguntas: ¿Cómo formar en la dimensión valoral en el sistema educativo? ¿Cómo responder éticamente, a través de la educación, a los desafíos de una sociedad plural e incierta? La respuesta a estas interrogantes, afirma el autor, debe partir de una formación valoral que se fundamente en una ética que se vaya “ajustando” a la realidad. Por tanto, es esencial formar a los futuros profesionistas para que puedan generarse las preguntas adecuadas para dar respuesta a los conflictos morales que enfrentarán.

El educar no consiste en ofrecer asignaturas de formación valoral (con contenido de las normas valorales a ser cumplidas), sino de invitar a hacerse preguntas y reflexionar sobre cómo sostener la ética en el desempeño de una profesión o en la vida cotidiana.

En el transcurso del libro, el autor retoma de Edgar Morin las siguientes ideas: la religación como sustento de la ética del ser humano y la existencia de deberes fundamentales de comportamiento ético como son: el deber egocéntrico de permanecer en la vida, el deber con los antepasados y grupo genético, el deber con otros seres humanos en la comunidad en que se vive y el deber de religación con la especie humana y el destino del universo. El López Calva nos recuerda también que estos deberes pueden conducirnos a

enfrentamientos entre diversos valores (los llamados *dilemas o problemas éticos*). Lo anterior implica que una educación valoral, concebida como educación en libertad, debe formar a los estudiantes a partir de la reflexión acerca del comportamiento individual buscando, de la manera más armónica posible, responder de la mejor forma posible a estos cuatro deberes: el mantenimiento y desarrollo de la propia vida, el cultivo y preservación de la propia herencia de los antepasados, la conservación y avance de la humanización de la sociedad en que se vive y la sobrevivencia de la especie humana en el planeta.

Por otra parte, López Calva se apoya en la invitación que hace Bernard Lonergan a una ética de la autorrealización humana, la cual consiste en los siguientes aspectos centrales: el dinamismo de la estructura moral humana que parte de la experiencia sensible y de la propia experiencia del sujeto, lo que permite al sujeto hacerse preguntas, deliberar, valorar... llegando a establecer juicios y decisiones que se convierten en planes de acción. Es lo que Lonergan denomina *insight deliberativo*. Dicho sintéticamente, las preguntas por lo que hay que elegir surgen desde el principio de la vida, de ahí la deliberación, la cual nos introduce a un nuevo nivel de conciencia. Este es el camino de los seres humanos en la búsqueda de su autenticidad y construcción de su “libertad efectiva”, es decir, de su capacidad de autodeterminación.

A partir de estos elementos de Morin y Lonergan, el autor afirma que la educación ética que se ofrece en la educación suele ser una ética simplificadora, basada en certezas, dogmáticamente transmitida, rígida e inflexible; es una ética de la ley y de la norma. Siendo que, por el contrario, requerimos una nueva visión que asuma los problemas éticos y nos obligue a pensar.

Con el propósito de lograr lo anterior, López Calva ofrece una serie de sugerencias para repensar la ética en la educación, no sin antes comentar críticamente los aportes y retos del estado actual de la investigación sobre la ética profesional en México, la cual ha enfatizado el estudio de los valores que declaran como importantes los estudiantes y profesores universitarios, pero ha dejado de lado la dimensión ética de las profesiones. Es decir, el autor “observa una desarticulación entre la visión ética – basada en valores generales y abstractos – y el ejercicio profesional concreto.” (p. 180)

Ante este hecho, López Calva se vuelve hacer otra pregunta: ¿Cómo encontrar referentes que puedan orientar la ética profesional desde una perspectiva compleja y permita a los profesionales dar cuenta de los dilemas y contradicciones éticas? De nuevo, desde una perspectiva moriniana, responde a esta pregunta arraigando la religación en la estructura de la vida, donde el individuo (la autonomía del sujeto viviente en búsqueda de su sobrevivencia) llega a abrirse a los demás (necesarias interdependencias y retroacciones para vivir), generando el principio de altruismo. Esto constituye el rejuego entre egoísmo y altruismo que es propio de todo sujeto viviente.

López Calva, apoyado en Edgar Morin, señala que en occidente se ha enfatizado la autonomía individual y ha descuidado el polo de la solidaridad y responsabilidad social, lo que ha tenido consecuencias en el deterioro de la religación humana (entre el individuo y otros individuos, con la sociedad y la especie humana). Este mismo desequilibrio se encuentra en los problemas éticos que viven los profesionistas y sobre lo cual poco se investiga y conoce.

Un apartado central en el libro es proponer la transversalidad ética en los procesos educativos. Aquí, el autor hace una serie de sugerencias, de acuerdo a sus propios contextos y las características de los estudiantes que se pretende formar (expectativas, valores y creencias), para que cada institución educativa intente implementarlas. Organiza estas sugerencias en tres ejes transversales:

- a. Las prácticas educativas.- Que incluyen la oferta valoral (y afectiva) del docente, las normas de convivencia y su aplicación, los contenidos y métodos didácticos (cooperación, compromiso, participación). Además, el autor aquí añade aquí la necesidad de orientar las prácticas educativas a trabajar para “pensar bien”.
- b. Las estructuras organizativas.- Aquí ubica los currículos, la normatividad y la gestión de las instituciones, la asignación de recursos o la toma de decisiones de los directivos. Añade en este apartado el paso de una organización de baja complejidad a otra de alta complejidad, pues la manera como se organiza el conocimiento tiene implicaciones éticas.

- c. La cultura de la educación.- Es decir, el conjunto de significados y valores que acompañan el modo concreto como se realizan los procesos educativos. Por ejemplo, nos dice López Calva, se debe dar el salto de una cultura educativa centrada en el poder y el control hacia una cultura educativa centrada en el convencimiento y la convivencia humana para emprender responsablemente las tareas educativas.

Por tanto, el trabajo de formación ética no debe consistir sólo en la inclusión de asignaturas de ética profesional o deontología en los currículos, sino que deben contribuir a ello todos los docentes de todas las asignaturas (considerando un aprendizaje situado y problematizador, el aprendizaje-servicio, los métodos participativos, etc.), así como los espacios no curriculares y extracurriculares.

El proceso transversal de formación ética tiene que ser, como nos lo recuerda el autor, una educación en libertad. Es decir, una formación para moverse humanamente en la incertidumbre a partir del dinamismo de la conciencia humana. Se trata de formar en la libertad, en humanizarla y volverla más atenta, inteligente, razonable y responsable para abonar a la autodeterminación de cada uno de nosotros.

Finalmente, quisiera resaltar un aspecto que señala el autor en uno de los capítulos finales de su libro, que sospecho está más relacionados con la formación ética de lo que solemos creer. Este aspecto es la urgente necesidad de fortalecer formas distintas de pensar y ejercer las profesiones que sean más coherentes con la sociedad y el destino de la humanidad que queremos. Es decir, proponer e implementar otras formas de organización social, economía solidaria y cooperativa, comercio justo y de proximidad, barrios y comunidades ecológicas, salud pública y medicina social, producción agroecológica, educación para el consumo, etc.

No olvidemos el magisterio involuntario de lo público. Pensemos y asumamos que la educación es ejercicio de la congruencia social, no asunto sólo del sistema educativo, de la escuela, del currículo o del docente. Con esta creatividad, poniendo atención al autoempleo y empleabilidad de los jóvenes profesionistas, la educación puede contribuir a “promover la emergencia de una sociedad-mundo compuesta por ciudadanos protagonistas,

conscientes y críticamente comprometidos en la construcción de una civilización planetaria, como lo apunta Morin". (p. 196)

De lo anterior, el enlace con el conocimiento complejo, pues hay un problema ético con el conocimiento que se considera simple y llano. Hay un problema con el uso del conocimiento y los objetos que se derivan de él, que es parcelar, particular y autosuficiente; hay un problema con la ausencia de control científico y ético de la propia ciencia, es decir, con la autonomía de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas.

Hoy no se trata de conocer nada más. Se trata de conocer y abundar en la ciencia con consciencia, con consciencia y responsabilidad histórico-social, con más conocimiento y mejor conocimiento, con un conocimiento mejor distribuido. En síntesis: interdisciplinariedad, integración de saberes y quehaceres, pensamiento complejo y ciudadanía terrestre.